

**«LA CRUZ DE AILANTO. DIEGO DE PANTOJA,  
UN MISIONERO ESPAÑOL  
EN LA CHINA IMPERIAL»,  
DE ENRIQUE SÁEZ PALAZÓN**

**Ricardo Blázquez**  
*Universidad Fu Jen*

*La Cruz de ailanto. Diego de Pantoja, un misionero español en la China Imperial*, Enrique Sáez Palazón. Las Diez Ciudades Ediciones, 2018.

Enrique Sáez Palazón, licenciado en Estudios Eclesiásticos por la Facultad de Teología San Vicente Ferrer, Valencia (España), estudió Psicología en la Universidad Mariano Gálvez de Guatemala. Graduado de Guitarra por el Conservatorio del Liceu en Barcelona (2007). Actualmente está escribiendo su tesis doctoral sobre la capacidad multidisciplinar, poliédrica y global de Diego de Pantoja a la vez que es profesor de Religión en la ESO y Bachillerato en Madrid.

Su vocación por la Educación y Enseñanza, y habilidades pedagógicas son patentes, además de gestión y coordinación de trabajo de equipo. Su experiencia educativa le ha llevado a vivir en las selvas del Petén (Guatemala) y China, en donde residió entre el 2016-2018. En ese año concluyó este libro el 13 de julio, coincidiendo con el cuarto centenario de la muerte de Diego de Pantoja.

El autor eligió un título que no deja indiferente, pero que resume el contenido del espíritu misionero que empujó a Diego de Pantoja a realizar un viaje de siete meses en una carraca portuguesa desde Lisboa

a Macao a finales del siglo XVI. Para darle solidez a este título usa el término “ailanto”, que de no ser que el lector sea experto en botánica o jardinería, su curiosidad le llevará a consultar el diccionario.

El ailanto es un árbol, que procedente de China, es normal verlo en jardines y bordes de carreteras en Europa y América. Se emplea para fortificar laderas y zonas despobladas de vegetación por su fácil adaptación a todos los suelos y climas. En China es conocido por el *Árbol celestial*, por su altura y versatilidad. También es citado por Zhuangzi en sus enseñanzas como un árbol inútil que ningún carpintero lo talaría para usar su madera. Sin embargo su sombra proporciona cobijo en verano y su estampa adorna los paisajes más yermos. La vieja idea taoísta de que lo inútil es valioso, en los procesos misioneros ocurre con frecuencia y lo humilde e insignificante se convierte en lo más sagrado.

El profesor Sáez Palazón se vale de una paradoja en el título al incluir el término “cruz”, porque todo el libro es un paseo entre las dos tradiciones culturales que se observan con curiosidad. *La Cruz de ailanto* es la síntesis y realidad de dos culturas que a lo largo de sesenta y ocho capítulos, Diego de Pantoja trata de hermanar.

Bajo la perspectiva de la historia intelectual de China, siempre hubo contactos con el mundo exterior a través de la Ruta de la Seda, pero no se siente el golpe de Occidente hasta las Dinastías Ming y Qing. San Francisco Javier aunque no llega pisar China Continental, muere a menos de 20 millas marinas en la isla de Sang Chuang en 1552, y marca el inicio del aterrizaje del conocimiento occidental en este imperio, en el año 11 del reinado de Wang Li. Tres décadas después, Matteo Ricci, Michele Ruggieri y Diego de Pantoja establecieron una capilla en Pekín y comienza la famosa era jesuita en el Imperio Celeste. Esta novela se desarrolla en ese periodo. Describe con esmero algunas conversiones de letrados confucianos como Xu Guangdi, Li

Zhizao y Zhu Guozuo. Después China expulsa y se cierra a los extranjeros. No volvería a abrirse hasta 300 años después, a mediados del siglo XIX, bajo las amenazantes armas de las potencias occidentales. Desde una perspectiva misionera se arrancaba de cuajo un árbol, tres siglos después hubo que sembrarlo de nuevo y esperar que diera fruto.

El arranque del libro parece más una novela de aventuras al estilo Salgari que la vida de un pacífico misionero. El famoso pirata chino Limahong engaña a una patrulla española que vigilaba las afueras de Manila, para entregarles unos mapas. Pero la tónica de corsarios, capitanes y prostitutas del primer capítulo se desvanece en los inmediatamente siguientes que se desarrollan a lo largo de unas semanas de navegación a lo largo del Gran Canal, la gran arteria comercial de China que unía el río Amarillo con el Yangtze. Por ella, además del comercio y tropas enviadas a los lugares estratégicos, también fluían odas, óperas y composiciones musicales, y pinturas que tanto entusiasmaban a los emperadores. Las delicadas provincias sureñas enviaban estos regalos a los rudos y recios compatriotas de las provincias septentrionales, bordeadas de desiertos y tribus amenazantes. El sur de China con su suave luz, la cortesía, exuberancia y corazones apacibles seducía a la rígida China del norte.

Los ratos muertos durante la travesía y las largas esperas en las esclusas, los usa con maestría el autor para forjar unos diálogos entre Matteo Ricci y Diego de Pantoja en los que el primero va introduciendo a su discípulo en los laberintos de la cultura china. A través de estos capítulos, el profesor Enrique Sáez hace acertados y documentados alardes de su comprensión de la China clásica. Demuestra que conoce bien el idioma y las tradiciones seculares de sus filósofos y sus creencias éticas y religiosas. Su erudición le permite enfrentarse a esta cultura milenaria en pie de igualdad sin críticas ni sumisiones.

Cabe señalar dos párrafos en los que se profundiza sobre la ausencia del modo subjuntivo en la lengua china. Ricci aconseja con firmeza que Pantoja debe aprovechar la travesía para el estudio de la lengua. Arguye que sin el idioma no se puede entrar en la cultura, y sin la cultura no se puede comprender la religión. Dosis de paciencia para no desesperar, aconseja el italiano de Macerata al español de Valdemoro (Madrid) para no naufragar en ese océano inconmensurable que es el idioma chino en que cada palabra tiene un aire y un tono que si los cambiamos alteramos su significado. Regresando al subjuntivo, propio de los idiomas latinos, permite hablar de un tiempo del deseo, de la posibilidad, del sueño de la dualidad, de cosas que están en otro tiempo. El modo verbal de la utopía. El que habla diferente, piensa diferente. Y, en consecuencia, reza diferente, arguye Ricci.

Durante la travesía se van revisando aspectos fundamentales de la cultura de China. La lectura detenida refleja que el creador de la novela no solo conoce de lo que habla, sino que detrás de cada frase, de cada comentario, de cada diálogo hay reflexión. Un buen ejemplo es cuando Wu Li, un pintor que busca inspiración refugiado en una idílica campiña al estilo de Ovidio, hace unos comentarios del “aliento” de la pintura china. Esa carrera sin fondo para vaciar la plenitud y llenar el vacío. Para subrayar que lo más importante en una pintura se esconde detrás de lo que “no se ve”. Nada se improvisa en el mundo del arte, lo que tiene que llegar, llega y entonces te llama. El trazo firme de una sola línea sobre un papel en blanco, después de haber puesto el alma en la densidad de la tinta, la elección del pincel, la presión que acompañará al trazo, el giro suave o brusco de la muñeca, la longitud del trazo, su oblicuidad, la forma en que el pincel recae sobre el papel, se arrastra y luego se alza dejando un rastro de líneas y puntos, traspasan una técnica para convertirse en esencia, en el orden de cientos de pensamientos desordenados, en encontrar un ritmo, un equilibrio

y un silencio. No es extraño que solo por haber creado esta pequeña brecha el pintor acabara exhausto; ha consumido su aliento. Este ahora forma parte de su obra. La composición se inicia no por lo que se ha de pintar, sino por lo que se dejará en blanco para que la imaginación del espectador pueda vagar por estos espacios, en donde se oculta la esencia del cuadro.

Ejemplos como los que se acaban de mencionar, hay muchos en los que el autor se explaya con éxito, confianza y profundidad a lo largo del libro. Cada capítulo contiene una parte didáctica, de la que el lector, no importa su nivel de conocimientos de la cultura china, tiene siempre algo que retener. Esta parte didáctica es amena y contextualizada en el argumento del libro. No es un amaño, ni un copia-pegar, es el reflejo de la capacidad divulgativa del que firma esta ficción. Es el tónico de la obra.

En el Gran Canal, verano del año 1600, junto a una esclusa, en las que las esperas se hacían interminables a la espera de que las compuertas se abrieran y cerraran para que las embarcaciones pudieran vencer los desniveles del terreno, se trata, solo de perfil, una de las cuestiones que se podría haber puesto en la boca de Ricci con más extensión: la preocupación que sentían los jesuitas italianos por la idea, que circulaba en la corte madrileña, de una conquista militar de China, dos años después de la muerte de Felipe II. Una idea que ya venía rumiándose desde Hernán Cortés.

Se habría agradecido que el profesor Enrique Sáez le hubiera dedicado a este asunto no solo un párrafo sino un capítulo. Posiblemente el deterioro de las relaciones entre Ricci y Pantoja que tuvieron lugar en Pekín, anidaba en el recelo del italiano hacia su discípulo madrileño. Alfonso Sánchez, otro jesuita en Manila, es enviado en 1581 por el Cabildo de Manila a Macao, para buscar la lealtad del reino de Portugal, unido en ese entonces a la corona española. Llega a la corte de

Madrid en 1586 para presentar el plan de la conquista. Allí se enfrenta a su superior José de Acosta, que, al quite, destruye uno por uno sus planes con la intuición, ciencia y prudencias jesuíticas. Felipe III ya había heredado de su padre bastantes contratiempos para preocuparse por lo que acontecía en esta parte del mundo cuando la nave del Estado hacía aguas por todas partes.

Los jesuitas italianos y portugueses, que sabían que China no se podía cristianizar por la conquista, sino por la armonización cultural, evitaban la llegada de jesuitas de la Nueva España que eran considerados como “conquistadores”. La cruz frente a la espada. Recelos, conspiraciones, ataques, rivalidades y fricciones dentro de la Compañía de Jesús, que no solo hubieran dado munición para un par de capítulos, sino que para completar una novela de intrigas. Ricci saca esta conversación frente a un prudente y respetuoso Pantoja. Al final se da cuenta de lo poco acertado que es tratar estos asuntos y sigue instruyendo al paciente Diego de cómo las cosas en China no funcionan igual que en el mundo del que ellos proceden.

Esta reseña se ha centrado en los primeros capítulos del libro donde con habilidad se narran los primeros encuentros y las primeras impresiones de Pantoja con la cultura china. En los siguientes capítulos se descubrirán los choques con los eunucos, la búsqueda de una red de influencias, las entradas en la Ciudad Prohibida, la ayuda para el mantenimiento de los relojes y clases de clavicordio a los eunucos, y la falsa audiencia que les concede el emperador, pues solo pudieron postrarse ante un trono vacío. Distinguir entre palabras melifluas y la realidad. La obtención del emperador de un estipendio y una residencia para vivir en Pekín, los trabajos de cartografía con el apoyo del letrado Li Zhizao, la muerte y velatorio de Ricci en 1610, con sesenta años. El beneplácito del emperador para que Ricci fuera enterrado en Pekín. La expulsión y el edicto imperial que permite a Pantoja regresar a Pekín

para seguir trabajando en la reforma del calendario astronómico y la posterior y definitiva expulsión a Macao, hasta su fallecimiento en 1618 a la edad de cuarenta y siete años en el Colegio de San Pablo. Pantoja había pasado veintiún años en China de los cuales diecisiete fueron en Pekín.

En las notas finales, Sáez Palazón señala sus fuentes bibliográficas y la parte de ficción y realidad de los personajes de la novela.

Este libro contribuye a arrancar del olvido a Diego de Pantoja, astrónomo, músico, teólogo, matemático y primer español autorizado a penetrar en la Ciudad Prohibida. Contribuye también a sacarle de la sombra de su mentor y maestro Mateo Ricci, que atrajo con justicia todas las luces.

En algunos capítulos del libro se diluye la identidad del narrador. Tanto el autor del libro como el protagonista comparten muchos aspectos que los definen bien. Ambos son misioneros, teólogos, artistas, músicos, hombres de frontera, navegantes entre culturas, fascinados por China, don de gentes y castellanos de cuna. Pero la característica que mejor los define es la de ser expertos comunicadores culturales. Personas que con su refinamiento y tacto evitan que las culturas choquen. Al contrario, logran que se miren de frente.

Si Pantoja se sirvió de sus dotes de comunicador al escribir su famosa carta, más bien ensayo “Relación de la entrada de algunos Padres de la Compañía de Jesús en la China”, a su superior en Toledo, el arzobispo Luis de Guzmán<sup>1</sup>, la misma destreza ha servido al autor para tejer su novela. Inmerso en la lectura de la *Cruz de ailanto* es casi imposible distinguir quién nos cuenta lo que sucede: Enrique o Diego. Es probable que no sea ninguno, sino un personaje creado con el inge-

---

[1] Ver: Beatriz Moncó, “El jesuita Diego de Pantoja y su carta al P. Luis de Guzmán”, *Encuentros en Catay*, n.32, 2019, Editorial Catay, Taichung, pp.447-464. (En dicho número de *Encuentros en Catay* 2019, se publicó un dossier sobre Diego de Pantoja).

nio literario del uno y el legado del otro. Un manual para quienes deciden establecer su hogar en una tierra lejana y distinta de la que nacieron y para quienes creen que la búsqueda de la armonía es mejor herramienta que la lucha y la confrontación.